

MODALIDAD C. RELATO CORTO RELACIONADO MUJER

SEGUNDO PREMIO, dotado con 200 €, al texto titulado “El auténtico peligro no es Colombia” que firma con el seudónimo *Andrea* y que corresponde a D. Javier León Sorribes, residente en Massamagrell (Valencia).

EL AUTÉNTICO PELIGRO NO ES COLOMBIA

Colombia no es solo el país de las FARC y de los narcotraficantes; no es el lugar donde el turista debe tener cuidado con su bolso ni donde “*hay secuestros (y) te matan*” ... Colombia es, metafóricamente, el lugar donde la protagonista, víctima de maltrato físico y psicológico descubre que es víctima de un maltrato físico y psicológico (*Nadie se imaginó que Colombia era él*).

La narradora del relato, una joven escritora, feminista activista, con carrera, que *siempre fu(e) fuerte, inteligente, independiente*...lo que se puede decir una mujer de éxito, es incapaz asimilar cómo ha podido llegar a la situación en la que se encuentra. El relato, escrito en forma autobiográfica, nos permite conocer desde el discurso homodiegético de un narrador-personaje los hechos que casi la llevan a perder la vida en manos de su agresor a través de los ojos de su protagonista. Nos da la ocasión de ir descubriendo desde la primera persona, el proceso de aprehensión y, especialmente, de superación de su yugo.

Con un ritmo ágil, el relato invita a recorrer todas las fases que suelen aparecer en los casos de maltrato: desde la incredulidad y la negación, pasando por la duda hasta llegar a la evidencia de la verdad más descarnada. Que los demás no crean lo que está pasando, y hasta que tomen por loca a la víctima (como sucede con el terapeuta ineficaz que la visita), suele ser tristemente lo habitual. El problema es cuando el agresor consigue hacer creer a su pareja que está desequilibrada, que nadie podría creerla y -la peor de las manipulaciones- que lo hace por amor. Más que maldecir a su terapeuta por no creerla, lo que más le duele *es no haberme escuchado, no haber confiado en mí*; detesta no haber creído a su instinto que veía al adulador profesional como un ser *oscuro*, lleno de *agujeros*.

Desde que la joven consigue escaparse del hotel de Colombia y evitar una dura agresión que podía haberle costado la vida, hasta que llega a su ciudad natal, La Eliana, nos encontramos con el relato de la evolución hacia la madurez de la persona que por fin ha comprendido que ella no es culpable de lo que le ha sucedido. Sus sentimientos se mueven en un suceder cíclico que le llevan a perdonar y a creer al agresor, pese a las dudas que vuelven una y otra vez, a la aceptación de su falso arrepentimiento, a dejarse agasajar por los regalos y las palabras de amor desconmensurado de su pareja. Hasta que llega un momento

escrito en el mapa -Colombia- que ese ciclo se rompe, quizá concretado en el momento en que dejará de contestar a sus llamadas o sus correos. Encontramos, entonces, a una mujer que se reinventa; una mujer que deja de ser ese despojo (*este garabato confuso, una sombra torcida en el suelo*), que se siente un fantasma (*Desaparezco, me desdibujo*) para convertirse en una mujer feliz, con una vida plena y sin miedos.

Jugando con el discurso narrado, el diálogo directo y el diferido, es como si pudiéramos oír la voz de la conciencia de la protagonista que lucha por comprender, por buscar respuestas. Con esta historia, la autora consigue transmitir un mensaje claro: la necesidad de empoderar a las mujeres víctimas de agresiones para que griten y de apoyarse en la sororidad, en las otras mujeres. Efectivamente, una mujer que, en el momento más duro de su vida, a punto de perderla en manos de un psicópata, piensa en las demás mujeres (*Me pregunto qué hacen las mujeres que no tienen dinero ¿Adónde van? ¿A quién llaman? ¿Quién les paga el hotel? ¿Quién les saca un pasaje para volver a su país?*)

Esa misma narradora hace el retrato cabal del agresor con un perfil de manual: embaucador, acomplejado (*Como si su furia, su impotencia, su cobardía fueran culpa mía y no de él*) ..., empero, sobre todo, *manipulador*, la palabra que mejor define al antagonista de este relato y a todos los hombres que descargan su furia contra las mujeres (*Me pega porque soy fuerte y libre. Me pega porque vivimos en una sociedad machista*).

Ese ritmo ligero de la narración esbozado arriba, en ocasiones, se refleja en la prosa que se mueve entre enumeraciones, elipsis y asíndeton (*Lo dejé una vez durante el primer mes. Dos veces el segundo. Tres o cuatro el tercero*), no exento de guiño humorístico (*A esta altura, lo dejo una vez por semana por lo menos*); se refleja también en paralelismos que aligeran el texto (*Me escribe por Whatsapp y lo bloqueo. Me escribe por Twitter y lo bloqueo. Me escribe por Facebook y lo bloqueo*). Con tales bloqueos, la protagonista consigue no volver a sentir miedo (*Desde ese momento, nunca más vuelvo a tener un ataque de angustia. No era la medicación la que necesitaba tiempo. Era yo la que no necesitaba medicación*). A propósito de la medicación, se trata de otro hombre inútil que saca de su vida: quien contra el miedo que siente, solo atiende a recetarle pastillas que la evaden de su problema, en lugar de enfrentarse a él.

Ser mujer y ser escritora, tema que veremos en otro relato ganador, *La femme cachée*. Ese doble estatuto permite a la protagonista, escritora acostumbrada a vivir historias y lugares que no ha vivido, a consumir su venganza: poner negro sobre blanco la historia y el lugar que ha tenido que borrar de su lista de viajes: Colombia.